

Y en verdad, era difícil encontrar otra obra que colmara a plenitud este propósito. Tan directa y reciamente enfocado está el ambiente, y la psicología primitiva que informa la vida ruda de los «ingenios» de azúcar, que la obra constituye un documento realista definitivo, para quien la lee.

Lins Do Rego es considerado hoy día como el primer novelista del Brasil. Se considera con justicia, que es el escritor que más exacta y artísticamente refleja la realidad brasileña del interior.

Describe con poderosa vitalidad, las tareas rurales, las costumbres y deja que la vida auténtica, elemental y ruda, se deslice libremente por las páginas de sus obras.

Escribe en forma directa y verista al máximun dentro de una trama autobiográfica, envolviendo el conjunto, en sencilla poesía, que se escapa como a pesar suyo, entre esa atmósfera cargada de instinto, de miseria y de lucha infatigable.

Es una de esas grandes obras sudamericanas, con las cuales parece que un país, clava incommovible, sobre el continente, la efigie de su personalidad.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-226VPDI10226>

«VICENTE PÉREZ ROSALES».

Ensayo crítico subtitula su autor a este conjunto biográfico y de amables comentarios sobre rasgos de la personalidad de uno de los hombres de espíritu más interesante, nacidos en Chile.

Prendida a su pensamiento, legado en herencia literaria a la posteridad, se va suscitando y desenvolviendo esta pequeña obra, cuyo defecto, vendría a constituirlo su brevedad.

Educación clásica y esmeradísima en París, a la sombra de maestros, que según el acertado decir del señor Feliú Cruz, más que escuela, mantenían una academia.

Don Manuel Silvela, español expatriado, había organizado en la capital de Francia, un establecimiento educacional para

alumnos de habla castellana. A él acudían grupos de estudiantes sudamericanos y entre los chilenos, todos pertenecientes a las más entroncadas y poderosas familias de la sociedad, fué don Vicente Pérez Rosales.

Los estudiantes chilenos hicieron el viaje, gracias a una gestión del Almirante francés Ducamper de Rosamel, cerca del rey Carlos X, proporcionando pasajes a cargo del gobierno real, a hijos de distinguidas familias chilenas. El Almirante retribuía en esta forma, las atenciones recibidas de parte de estas familias, en un viaje anterior a Chile.

En «Recuerdos del pasado», narra Pérez Rosales experiencias notables de ese viaje, como el sistema pedagógico de Leandro Fernández de Moratín, e inserta incidentes divertidos como aquel del buen señor boliviano que aseguraba que sólo dejando en suspenso la última sílaba de las palabras del castellano y diciendo «monsieur bus», se sabía hablar francés.

De regreso a Chile, un radical cambio de fortuna, le hizo internarse en cuantos caminos ha dispuesto la naturaleza y el temperamento, la vocación y las circunstancias, a disposición del que quiera seguirlos.

El señor Feliú Cruz esboza el carácter de Pérez Rosales con los rasgos genéricos de vascos, castellanos y andaluces, de los cuales estaba formado «en discreta combinación de cualidades» con una gota de sangre judía.

«No fué, nos dice, el autor de «Recuerdos del pasado», un escritor profesional. Su obra máxima escrita en el anochecer cronológico de su vida, había sido presidida por trabajos aislados y con ánimo de correspondencia a solicitudes circunstanciales. A través de toda su vida había escrito y sus primeros ensayos fueron sometidos al juicio de Moratín. En Chile fueron varios los derroteros que tentaron su esfuerzo, antes de sus primeras publicaciones.

Son graciosos y de un humorismo criollo expresado con desenvoltura clásica, sus primeras experiencias en la prensa de Santiago. Un incidente suscitado por sus aficiones de pintor, con uno de los componentes del grupo cuyano de expatriados, lo orientó en forma decisiva hacia el periodismo, organizando con otros jóvenes, un periódico cuyo oculto móvil, fué combatir a «El Progreso» y que llevó por título «El Mosaico». Allí parapetados, contestaron los escritores chilenos, las invectivas de los argentinos sobre literatura nacional.

La contienda era en extremo interesante. Negaban unos, originalidad literaria y espíritu poético a los escritores del país que los asilaba. Estos últimos se defendían con aquilatadas razones. Y en extremo interesante eran los contendores: Sarmiento, Tejedor, Vicente Fidel López, entre los argentinos y Blanco Cuartín, el autor de «Recuerdos del pasado», Hermógenes de Irisarri y otros, entre los defensores chilenos.

«El Mosaico» fué un meteoro en el campo todavía agitado de nuestras letras por la lucha de 1842 que aun se prolongaba en 1846».

Pero la estada de aquel grupo de argentinos, ilustres más tarde, sirvió de «golpe vitamínico» a la morosa intelectualidad chilena, que marchaba sin mayores inquietudes, hacia la procreación de su propia personalidad. Los argentinos sacudieron los espíritus, hicieron estremecerse de amor a la patria vapuleada en sus personeros intelectuales y en su cultura, e hicieron fructificar ramas literarias que sirvieron de base a un seguro desarrollo posterior.

Desaparecido «El Mosaico» por la disolución de la sociedad que lo mantenía, don Vicente Pérez Rosales, continúa sus experiencias «siempre en busca de la esquivia fortuna». Ahora es Copiapó, luego será California, lugares que presencian sus afanes de minero. Pero, como hace notar el señor Feliú Cruz, si estos afanes no le dieron riqueza, le proporcionaron material

de recia originalidad para sus admirables estudios de ambientes.

Esbozada la personalidad psicológica, literaria y biográfica de don Vicente Pérez Rosales, en el ensayo crítico del señor Feliú Cruz, gracias a la amenidad del ensayista y el personaje, contrae el primero, una deuda con el público: ampliar su trabajo hasta una biografía y estudio psicológico en plenitud.